



# REVISTA MENSUAL

ÓRGANO DE LA OBRA PÍA PARA COMBATIR LA BLASFEMIA

EL PERIÓDICO SE PONE BAJO EL AMPARO DEL SAGRADO  
CORAZÓN DE JESÚS

## REDACCION Y ADMINISTRACION

Riera de San Juan, 6, 2.º, Círculo Bar-  
celonés de Obreros de San José; debien-  
do dirigirse la correspondencia al Presi-  
dente del Círculo.

## PRECIO DE SUSCRIPCION

Un año. . . . . 10 reales  
Números sueltos. . . . . 1 »  
Por cada diez suscripciones que se pro-  
porcionen se dará una gratis.

## PUNTOS DE SUSCRIPCION

En la Imprenta de Bertrán y Altés, Pelayo, 6, bajos; Riera de San Juan, 6, 2.º y  
en todas las librerías católicas de España.

## SUMARIO DEL PRESENTE NÚMERO

*Lecciones de Teología popular.*—*El Misterio de la Santísima Trinidad.* Im-  
portancia del conocimiento de este Misterio: Unidad de Dios: La vida divina según  
los panteístas: El dogma de la Trinidad: El dogma de la Trinidad en la Biblia.—  
Actos de la Obra Pía: Acta de la sesión celebrada el día 4 de Marzo, bajo la presi-  
dencia de D. José Ildefonso Gatell, Pbro. Instrucciones para Obreros en la Iglesia  
del Sagrado Corazón de Jesús. Sección de Constructores.—Inauguración de una  
escuela católica.—Misiones parroquiales.—Certamen de doctrina cristiana.—*Mis-  
celánea.*—Sacrilegios castigados.—Los sacerdotes son unos olgazanés ¿para qué  
sirven?—La casa Paterna.—La obra de la masonería.—El baile por el revés.—Mi re-  
ligión consiste en hacer bien á los demás.—La venganza de un sacerdote.—El asilo  
del Sagrado Corazón.

## ADVERTENCIA IMPORTANTE

Debemos recordar á nuestros amigos que  
cada primer domingo de mes, á las 8 de la  
mañana, se celebra una misa en el altar del  
Sacramento de la parroquia de Santa Ana, en  
la que reciben la comunión varias personas  
adictas á la Obra de la extinción de la blasfe-  
mia, cuya comunión ofrecen en desagravio á  
S. D. M. y como acto de expiación.

El mismo primer domingo, á las 4 de la tar-  
de y en el local del Círculo, Riera de San Juan,  
6, 2.º, se reúne la Sección de Propaganda, á la  
pertenecen los señores eclesiásticos, pro-que

fesores, jurisconsultos y demás de carrera lite-  
raria, propietarios, etc.

El segundo domingo, en el propio local y á  
la misma hora, se reúne la Sección de Indus-  
triales, á la que pertenecen los que se dedican  
á la fabricación, al comercio y á la industria.

El tercer domingo, también á igual hora y  
en el propio local, se reúnen los que pertenecen  
al ramo de construcción, señores arquitectos,  
maestros de obras, carpinteros, albañiles, etc.

Todas estas sesiones tienen carácter públi-  
co, pudiendo asistir personas que no perte-  
nezcan á la Obra, pero que estén conformes  
con el espíritu que la anima.



## LECCIONES DE TEOLOGÍA POPULAR.

## EL MISTERIO DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD

*Importancia del conocimiento de este Misterio.*

**L**o que caracteriza de un modo especial la fe cristiana, distinguiéndola del judaísmo y del paganismo; lo que da á conocer á la razón orgullosa que la Religión no es un sistema, ni una filosofía, es decir; que elevándose sobre toda concepción humana, constituye una fe divina, es el misterio de la Santísima Trinidad. Forma parte de los misterios de la fe en la acepción más rigurosa de la palabra por ser una verdad que no podemos conocer con la sola razón natural. En la revelación natural Dios nos aparece con su unidad de naturaleza, Dios único, eterno, infinito: la razón no alcanza más allá.

La Trinidad es el más grande de todos los misterios. Por su conocimiento podemos penetrar algún tanto en las intimidades de la vida divina. Sin el conocimiento de la Trinidad es imposible comprender la economía de nuestra Santa Religión.

El misterio de la Trinidad es una verdad trascendental, es la piedra de toque de la fe y como la raíz de todo el orden sobrenatural y divino.

Con el conocimiento del dogma de la Trinidad logramos afirmar y perfeccionar la noción que tenemos de Dios y la de las relaciones de la criatura con el Criador; y bajo este punto de vista tiene este conocimiento hasta una importancia filosófica. Sabemos que existe un Dios vivo, personal, perfecto en sí; que obra fuera de sí con entera libertad, con una sabiduría y una bondad infinita: sabido esto, el dogma de la Trinidad nos proporciona rayos de luz celestial para ver mejor estas verdades y penetrar algo en el fondo de la vida divina, evitando el peligro de concebir las relaciones de Dios con las criaturas, ya sea á manera de los panteístas, ya sea conforme á las teorías superficiales de los racionalistas ó deístas. Al adquirir el conocimiento de este misterio, por su objeto y por su contenido, adquirimos un conocimiento que eleva á la criatura humana sobre el mundo de lo natural por el hecho de ponerle en relación con este misterio sublime.

El conocimiento del dogma de la Trinidad, al iniciarnos en el secreto de la vida y las ope-

raciones divinas, viene á ser como una preparación, como una anticipación de la visión directa de la esencia de Dios, una prenda de esta realidad de que gozaremos en el cielo: encontramos en esta vida íntima de Dios una revelación superior de su grandeza, de su sabiduría, de su amor. Vemos entonces lo que ni la ciencia, ni la razón pueden revelarnos: la bondad, la vida, la perfección de Dios se nos dan á conocer de un modo más elevado, en un conocimiento más abundante que conduce al goce por la admiración y amor á Dios que excita y que constituye una felicidad para la criatura espiritual; y mientras los orígenes en la Trinidad nos revelan la inagotable fecundidad divina, la unidad, ese abrazo de las tres personas en una sola naturaleza, nos da una idea de la dicha de que disfrutaremos en el cielo al unirnos eternamente con nuestro Dios, Principio y Autor de nuestra vida.

San Buenaventura explica la diferencia de la idea que nos da de Dios la creación y la que nos da la Trinidad: en el primer caso conocemos á Dios, como ser purísimo, perfectísimo; en el segundo como ser sobre abundante, infinitamente activo y fecundo; en el primer caso como ser necesario, en el segundo como bondad esencial. (*Itinerario del alma á Dios*).

La unión íntima de las Tres personas divinas hasta constituir una sola unidad, debe, según enseñó el mismo Jesucristo, ser el modelo de nuestra unión acá en la tierra. «*Ruego*, decía, que todos sean una misma cosa: y que como tú, ¡oh Padre! estás en mí, y yo en tí *por identidad de naturaleza*, así sean ellos una misma cosa en nosotros *por unión de amor* (Jo. xvii 21). ¿Puede haber en nuestro mutuo amor como hombres y como creyentes un motivo más sublime?

Vamos á exponer, pues, el misterio de Dios uno y trino; y como quiera que la doctrina de la Trinidad en las personas divinas es inseparable de la unidad esencial de Dios, principiamos por la exposición de las enseñanzas católicas respecto á este dogma.

*Unidad de Dios.*

En el catecismo de la doctrina cristiana encontramos esta pregunta: «¿Cuántos dioses hay?» A lo que se contesta: —«Un solo Dios Todopoderoso.»

Dios es la unidad primordial, y esta unidad es tanto más sublime cuanto que es á la vez



infinitamente rica, como veremos luego al hablar de Dios trino en personas.

Dios es unidad pura, absoluta, pues es el sér absoluto.

Entre el número, la base de todo, aquel sin el cual los demás no se conciben, el más excelente de todos es la unidad. Esto que sucede en las matemáticas, sucede en la teología: la unidad numérica como base de todo número es una imagen de la unidad divina como base y principio de todo sér.

La unidad de Dios es una consecuencia necesaria de su perfección absoluta.

Todo esto parecerá muy elemental y hasta tal vez muy vulgar: no hay quien no comprenda que aquí la contestación de la fe es la contestación de la razón. Sin embargo, trascurrieron larguísimas épocas sin que los filósofos más eminentes acertaran con esta doctrina.

Excepto en Israel, en el resto del orbe conocido se admitía la pluralidad de dioses: los había para cada nación; había dioses para la guerra, dioses para la paz; y bajando, bajando, después de adorar al sol, las estrellas se acababa por lo más ínfimo, por adorar un buey, una serpiente, hasta las cebollas de los huertos.

El Capitolio estaba convertido en un gran depósito de dioses, á gusto del consumidor. Los había para todas las pasiones, para todos los vicios, para todos los caprichos. Un escritor pagano llegó á contar en el seno del paganismo hasta treinta y tres mil divinidades.

A la luz del Evangelio desvaneciéronse tantas tinieblas: el mundo cristiano exclamó:— *Creo en un Dios*, y á favor de esta fe, tan conforme con la razón y con el buen sentido, empezó á realizarse en los pueblos cristianos una generosa aspiración á la unidad; creyendo en un Dios la humanidad aspira á ser una gran familia y la fe en un Dios Padre alienta el justo sentimiento de verdadera fraternidad entre los hombres.

En el libro del Deuteronomio, se describe la majestad y el poder del Dios único, con estas solemnes palabras:

«Yo soy el sólo y único Dios y no hay otro fuera de mí, yo quito y doy la vida: yo hiero, yo curo; y no hay quien pueda librar á nadie de mi poder.» Enérgica frase bíblica, en donde á la par que la unidad de Dios se ve su omnipotencia y su acción sobre las criaturas.

El evangelista San Juan manifiesta el carácter fundamental que tiene el convencimiento de la unidad de Dios y escribe:

«La vida eterna consiste en conocerte á tí solo Dios verdadero (Jo. xvii, 3).»

La admirable epopeya que tuvo lugar en los tres primeros siglos del cristianismo, aquella lucha de los mártires contra los tiranos, fué sostenida para que el principio de la unidad de Dios se posesionase del mundo, desvaneciéndose las vergonzosas preocupaciones del viejo paganismo.

«Penetra en el fondo de tu ser, dice Bossuet, y oirás una voz que te dice: Existe un sólo y único Dios.»

Tal es la base de la fe cristiana, cuyo símbolo principia con estas palabras: «Creo en un Dios.»

Hay un sol alumbrando nuestro planeta, hay un universo constituyendo toda la grandiosidad de la creación, y más arriba que el sol de nuestro sistema planetario, más grande que el universo, hay en el cielo un sólo Dios verdadero.

Debemos, pues, adorarle y adorarle sólo á Él; y si desdeñamos la vieja idolatría histórica, tengamos bastante dignidad para no constituir una idolatría práctica en el fondo de nuestro corazón. «La impureza, las pasiones deshonestas, la concupiscencia desordenada, la avaricia, todo viene á ser una idolatría,» dice San Pablo. (A los Colos. iii, 5).

Habiendo un Dios único, Omnipotente como es, y habiéndolo recibido todo de Él, á Él debemos toda nuestra gratitud; siendo El la belleza, la perfección suma, á Él debemos todo nuestro amor. Démosle, pues, nuestro corazón, es decir, nuestros afectos, que pueden dirigirse también á las criaturas que sean dignas de ello, pero sin que estos afectos se detengan en las criaturas. En ello está interesada nuestra dignidad de cristianos. «Aquel que ama algo más que á mí es indigno de mí,» dice la palabra divina.

#### *La vida divina según los deistas.*

Sabiendo que hay un solo Dios y quién es Dios, adelantemos un poco más y preguntémonos: ¿En qué consiste la vida de Dios? ¿Qué hacía en su eternidad? ¿Cómo vivía, en qué se ocupaba?

Las preguntas que acabamos de hacer, podrán parecer una temeridad y efectivamente lo fueran si no contando más que con los recursos de nuestra razón, quisiéramos rasgar el velo que cubre el misterio de la vida divi-



na. Pero contamos con las luces superiores de la revelación, y ella nos autoriza á tales atrevimientos.

También el racionalista se pregunta: ¿Qué es lo que hace Dios? Admite el Dios de la razón, Dios único, Criador, Primera causa del mundo. ¿Pero Dios antes de la creación que hacía en su eternidad? Era, dice el racionalista, un solitario que se encontraba allí como en un inmenso desierto, sin una palabra que respondiera á su palabra, sin amor, puesto que no tenía á quien amar, sin acción; es decir, aquella eternidad había de parecerse por su silencio á un inmenso cementerio y Dios á una estatua muda colocada sobre un panteón sin límites.

#### *La vida divina según los panteístas.*

En las avanzadas del racionalismo hay los panteístas. Constituidas esas avanzadas por hombres de talento, no acertaban á comprender al Dios solitario del racionalismo, Dios sin acción, sin vida; y acudiendo á teorías muy bien combinadas, revistiéndolas con las galas de rica poesía, presentaron la acción de Dios manifestándose en el universo la vida de Dios, desenvolviéndose en el universo; el pensamiento del hombre siendo realidad efectiva del pensamiento de Dios, la vida del hombre siendo también realidad efectiva de la vida de Dios; y hé aquí el Dios de los panteístas que, confundido con su obra, identificado con ella, no es una doctrina menos absurda que la del Dios de los racionalistas.

#### *El dogma de la Trinidad.*

Acudamos á la revelación cristiana. El velo que cubre la divinidad á manera de majestuoso manto no caerá; el misterio seguirá siendo misterio; pero nos convenceremos de que el misterio no es el absurdo, y si bien habremos de reconocer que el vuelo de la inteligencia humana no puede llegar á tal altura, mientras en el Dios de los panteístas ó de los racionalistas hemos visto la inteligencia humana con todas sus debilidades, en la doctrina de la Trinidad veremos la revelación cristiana con todas sus grandezas; veremos el Dios personal, el Dios vivo, el Dios independiente de su creación, separado de ella, completamente dueño de ella, con su vida infinita, con su libertad infinita, con su soberanía infinita, con su om-

nipotencia, es decir, con todos sus atributos. Las proporciones de esa grandeza se extenderán más allá de nuestra mirada de hombres; pero tendremos que reconocer que es una grandeza inmensa.

#### *El dogma de la Trinidad en la Biblia.*

Dios dijo hablando de sí mismo: *Yo soy el que soy*. Al expresarse así, presentaba Dios al entendimiento humano el concepto más sencillo y á la vez más sublime de la divinidad.

No puede darse de Dios idea más exacta y más profunda. Esto quiere decir que Dios es el Ser en toda la extensión de la palabra, el Ser completo, perfecto, absoluto, el Ser por esencia, el Ser que existe por sí mismo, y por consiguiente el Ser eterno, infinito, independiente, único. La esencia divina está contenida en estas palabras.

Por espacio de siglos y siglos Israel adoró la Unidad infinita, eterna; aquel Jehová, cuya vida prodigiosa permanecía oculta tras del velo de imponente é impenetrable misterio.

Pero poco á poco aparecen algunos rayos de luz. A medida que se acerca la realización de las grandes esperanzas se penetra algo más en el misterio de la vida divina; y á favor de las inspiraciones de los profetas se destacan en el divino cuadro las tres personas de la Trinidad: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

Ya desde un principio la Biblia hace resonar en nuestros oídos el eco de la palabra de Dios; pero es la palabra de Dios, el Verbo de Dios creando mundos, el Verbo de Dios que al realizarse la Creación se siente palpar lleno de vida; ya allí se nos dice: «El Espíritu de Dios se movía sobre las aguas,» de suerte que en aquel primitivo caos parece que vemos los mundos en incubación bajo las alas del Espíritu Santo.

La obra de la creación natural toca á su término; se ha llegado al momento más solemne, á la creación del hombre; y entonces encontramos en la Biblia un lenguaje peculiar, una mezcla de singular y plural que nos aparece también como otra revelación de la pluralidad de personas en la sola y única esencia divina.—«Y dijo Dios: Hagamos el hombre á imagen y semejanza nuestra... Y crió Dios al hombre» (Gen. 1, 26 y 27).

Abrahán, sentado en la puerta de su tienda, á la sombra de las encinas de Mambré, ve pasar como una sombra de la Trinidad (Gen. xviii).



Los Profetas, al dirigir á los pueblos su palabra inspirada, al entonar sus cantos, ó al abrir el libro de los destinos futuros ora hablan del Padre, ora del Verbo, ora del Espíritu Santo.

Viene á la tierra Jesucristo y entonces aquellas figuras apenas delineadas aparecen en relieve, aquellas sombras toman cuerpo, animación, vida; Jesús con su divina mano descorre una parte importante del velo que oculta el misterio de la vida divina.

Cuando vá á inaugurar su vida pública, en aquella hora de grande expectación, en aquel momento solemne en que se le acerca Juan para darle el bautismo, se ve bajar sobre Jesús, Hijo de Dios, segunda persona de la Santísima Trinidad, el Espíritu Santo, tercera persona de la Trinidad beatísima *que bajó en forma corporal como de paloma: y se oyó del cielo esta voz* (la voz del Padre, primera persona de la Trinidad): «*Tú eres mi hijo amado, en tí tengo puestas todas mis delicias*» (San Lucas, III, 22).

Desde el principio de sus predicaciones Jesús habla constantemente de su Padre celestial, la primera persona de la Santísima Trinidad; próximo á terminar su misión en la tierra, al constituir su Iglesia, les dice á sus discípulos que no les dejará huérfanos, que les enviará el Espíritu Santo; y cuando les envía á la conversión del mundo lo hace con estas expresivas palabras: «Id y enseñad á todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo.» (Mat. XXVIII, 19).

Y más adelante, el Evangelista San Juan, formula el dogma de la Trinidad en estos términos tan preciosos:

«Tres son los que dán testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo: y estos tres son una misma cosa.» (I Jo. V, 7).

Después de estas enseñanzas la Iglesia viene repitiendo desde hace diez y nueve siglos: — «Creo en Dios Padre todo poderoso... y en Jesucristo su único Hijo... Creo en el Espíritu Santo.

## ACTOS DE LA OBRA PÍA

*Acta de la sesión celebrada el día 4 de Marzo, bajo la presidencia de D. José Ildefonso Gatell, Pbro.*

Abierta la sesión á las cinco y cuarto de la tarde, el Sr. Secretario D. Magín Martí y Barjau leyó el ac-

ta de la Junta anterior, que sin modificación alguna, quedó aprobada. Este señor propuso y recomendó la adquisición de la obra que sobre la «Vida de León XIII» se está publicando en esta capital, toda vez que por el aumento de suscripción de un libro tan recomendable se ofrecen ventajas á la Obra Pía.

Los Sres. Martí y Barjau, Llorens y Artigas y señor Presidente usaron de la palabra apoyando la idea de dar mayor publicidad á nuestra revista HOSANNA.

Luego el Rdo. Sr. Gatell dió una conferencia sobre la necesidad de instruirse en materias de Religión. Dijo que uno de los grandes pecados de nuestro siglo, es el desdén por los problemas que más interesan al hombre, cuales son los de su origen y su porvenir inmortal, observando que para pavonearse con el título de libre-pensador basta el no haber estudiado ninguna de estas grandes verdades, pues con sólo negarlas ó manifestar hácia ellas un soberano y estúpido desprecio, se cuenta ya con título suficiente para darse aires de ilustrado y de despreocupado, y lo que es más, se tiene un recurso para entregarse á la satisfacción de todas las pasiones, las más mezquinas, las más degradantes, sin remordimientos de conciencia, ya que no se proclama la libertad de pensamiento sino para poder proclamar la moral independiente de todo deber.

Al terminar su conferencia el orador escitó á los concurrentes á aprovecharse de las conferencias que los RR. PP. de la Compañía de Jesús darán estos días, y á no relegar al olvido el libro tan pequeño en volumen pero tan grande en su contenido que es la *Doctrina Cristiana*, pues en cada pregunta encontraremos resueltos los más difíciles problemas y dilucidados los más interesantes asuntos teológicos.

La atención con que se escuchaba al Rdo. Gatell, prueba lo mucho que gustó su peroración que fué coronada con una salva de interminables aplausos.

### *Instrucciones para Obreros en la Iglesia del Sagrado Corazón de Jesús.*

Habiéndose acordado por la Junta de la Obra Pía que se diesen durante la cuaresma una série de instrucciones á los obreros, nombróse una comisión para que se avistara con los Padres de la Compañía de Jesús suplicándoles tuviesen á bien encargarse de dar dichas instrucciones. El P. Rector aplaudió desde luego el proyecto y para que fuese más fecundo en resultados se acordó darle un carácter general, invitándose al efecto á las diferentes asociaciones y talleres católicos, escogiéndose para las instrucciones el templo del Sagrado Corazón de Jesús y los días desde el 5 al 12. Los actos fueron sumamente concurridos, la iglesia estuvo llena constantemente y reinó en todos los ejercicios el más edificante silencio y compostura. El Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo contribuyó á dar mayor importancia á estas conferencias asistiendo á la del sábado, día 11; y quedó tan complacido que



se ofreció con la mayor espontaneidad á celebrar la Misa de comunión y distribuirla á aquella imponente masa de hijos del trabajo, como así lo verificó, siendo también el acto de la comunión sumamente concurrido.

#### *Sección de Constructores.*

Abierta la sesión á las cuatro y media de la tarde bajo la presidencia de D. José Artigas y Ramoneda y después de rezadas las preces de costumbre, se leyó por D. José Llorens y Riu el acte de la anterior, la que fué aprobada únanimamente después de algunas observaciones del Sr. Bayer que fueron contestadas por D. José Artigas.

Inmediatamente después el citado Secretario D. José Llorens hizo la reseña de lo acontecido desde la última sesión. Manifestó que por coincidir la fiesta del Dulce Nombre de Jesús con el día ordinario de sesión, se había suspendido ésta, dando así lugar á que todos pudiesen asistir á los solemnes cultos que tuvieron lugar en Santa Ana, cuya religiosa función reseñó con elogio é interesantes detalles.

Se lamentó de los escándalos y profanaciones que tuvieron lugar con motivo de los días de carnaval, haciendo observar, que así él, como muchos de sus amigos, no habían visto ningún disfraz ofensivo, ni denigrativo para los hombres políticos así pertenecieran ellos á la clase civil como á la militar, como con pena se había visto en años anteriores; pero si que había visto con sentimiento y leído con pesar que los disfraces de traje talar y de monja abundaron hasta el extremo de que en el baile de máscaras del teatro Principal se había premiado uno con vestido de monja y otro de fraile. Citó los escándalos que con motivo del Carnaval se dieron en puntos como Villanueva y Geltrú, Tarragona y otras localidades.

Leyó la lista de los obreros que solicitaban trabajo y la de los patronos que necesitaban operarios, suplicando encarecidamente á unos y otros que se inscribieran en dicha lista por los excelentes resultados que tan plausible idea ha proporcionado á maestros y operarios.

Indicó que la comisión de cambio de libros malos por otros buenos continuaba cumpliendo su cometido y animó á los que tuvieran alguno opuesto á las ideas y máximas de nuestra religión ó moral á entregarlo á la misma para que lo inutilizara.

El Sr. D. Bartolomé Oller, pidió la palabra y se lamentó amargamente de que las obras de la Exposición Universal de Barcelona no se suspendan ningún día festivo, por santo y señalado que sea y en las que miles de obreros aprenden el desprecio práctico de Dios y de la Iglesia en aras de los intereses materiales de codiciosos contratistas. Dijo que el miércoles de Ceniza, día primero de la santa Cuaresma, se suspendieron del todo dichos trabajos y se concedió fiesta general á los trabajadores para que pudie-

sen á sus anchas tomar parte en la escandalosa profanación de aquel día santo, desprendiéndose de tan irregular, como inexplicable conducta que lo que los contratistas de la Exposición no conceden al día del Señor, lo conceden á las fiestas del diablo.

Contestóle el presidente Sr. Artigas y á su instancia y por unanimidad se acordó consignar en acta el profundo disgusto con que por todos los señores presentes y la Sección en general se veía semejante proceder.

Y después de algún otro asunto de escaso interés se levantó la Sesión para dar lugar á la série de conferencias que durante los domingos de Cuaresma sobre los mandamientos de la Iglesia, da el presidente de esta Sección é individuo de la Junta directiva de la Obra-Pía, don José Artigas y Ramoneda.

### OBRAS CATÓLICAS

#### *Inauguración de una escuela católica.*

Con motivo de celebrar la inauguración de su nuevo local el Ateneo graciense, sociedad católica de la vecina villa, celebró el domingo último una función literario religiosa en el vasto salón destinado á Escuela de obreros, la que fué presidida por los Reverendos D. Juan Torras y D. José I. Gatell, Párrocos que habían sido de dicha villa.

Leyó el Presidente del Ateneo Sr. Guasch un discurso demostrando que los fines de aquella Sociedad eran la Instrucción del obrero y la Beneficencia domiciliaria. Con datos elocuentes manifestó los muchos frutos que había logrado dicho Ateneo en el ejercicio de aquellos dos benéficos conceptos añadiendo que se tenían fundadas esperanzas de que la Obra daría mejores resultados con los nuevos auxilios de las personas amantes de la protección del obrero y el nuevo y grandioso local adquirido.

Congregados allí los protectores de la Escuela, los socios, las señoras de la junta auxiliar de Beneficencia, más de cien alumnos y los padres de éstos, á todos dió las gracias por su asistencia y pidióles su cooperación para desarrollar los benéficos fines del Ateneo.

Algunos jóvenes auxiliares de la Escuela leyeron magníficas poesías que fueron aplaudidas con entusiasmo.

Terminó tan agradable acto el Rdo. Cura Párroco de Sta. María del Mar de Barcelona elogiando las religiosas y edificantes tareas del Ateneo y animándola á seguir en la religiosa obra de instruir, moralizar y auxiliar en sus enfermedades á la clase trabajadora.

#### *Misiones parroquiales.*

—Uno de los objetos de la Obra Pía del Sagrado Corazón de María y San Francisco de Sales es favorecer



las misiones parroquiales.—A expensas de la Obra acaba de tener lugar una misión en S. Pedro de Premiá, que vamos á reseñar conforme á los datos que nos comunica el R. Párroco.

La Santa Misión á cargo de los PP. del Sagrado Corazón de María empezó el día 23 del pasado Febrero y duró hasta el 6 del actual.

Al anochecer del 23 hubo procesión llevando el Párroco la Vera Cruz, acompañado de los PP. Misioneros, Sres. obreros, Administradores, varios propietarios con hachas, y una multitud de feligreses con cirios, alternando con los PP. Misionistas la letanía de los Santos, y cánticos propios de Misión.

Al llegar á la iglesia parroquial, se invocaron los auxilios del Espíritu Santo, del Corazón de María y Santos patronos.

En seguida el P. Pablo Camps dirigió la palabra á la multitud, dando á todos las gracias, y convidándoles á asistir á tan santos actos.

Todos los días, mañana y noche hubo numerosa asistencia y especialmente por la noche.

No podía esperarse más. En el último día no fué capaz el templo por los muchos fieles que de los pueblos vecinos de S. Ginés de Vilasar y de S. Cristóbal de Premiá, habían ido á San Pedro para oír la divina palabra.

A las cinco de la mañana empezaba la Santa Misa, con explicación de la misma, y luego una fervorosa plática.

Por la noche, después de haber rezado el Santo Rosario y cantado algunas letrillas, había explicación de los mandamientos por el fervoroso P. Magín Juvé. Luego el P. Camps, con su acostumbrado celo hacía un conmovedor sermón, que no podía menos de dejar emocionada á aquella multitud de oyentes.

El número de comuniones fue de 400.

Indudablemente hubiera sido doble á no haber diversiones públicas durante la misión.

Hubo varias conferencias para los jóvenes de ambos sexos y comunión general para los mismos.

El último día, á más de la bendición de los niños de ambos sexos, hubo bendición de imágenes, rosarios é imposición de escapularios y bendición papal.

## CERTAMEN DE DOCTRINA CRISTIANA

El día 13 de Mayo próximo la Sociedad Catequística de este Seminario Conciliar celebrará, Dios mediante, con la aprobación del Excmo. é Ilmo. Señor Obispo, un Certámen público de Doctrina Cristiana, bajo las siguientes bases:

1.<sup>a</sup> Podrán concurrir á este Certámen todos los niños residentes en esta ciudad, con exclusión de las niñas, y de los alumnos que asistan á los Colegios de los Padres de la Compañía de Jesús, Escolapios, Hermanos de la Doctrina Cristiana y Seminario Conciliar,

por la desigualdad de aptitudes con que podría verificarse la lucha entre estos y los demás.

2.<sup>a</sup> Serán objeto de Certámen los tratados comprendidos desde la «Introducción» (página 25) hasta «Doctrina de Esperanza» (pág. 65) y desde la «Sección Segunda: Sacramentos» (pág. 113) hasta «Extremaunción» (pág. 137), precisamente según el Catecismo del Excelentísimo é Ilmo. Señor Costa y Borrás.

3.<sup>a</sup> Los niños que tomen parte en el Concurso deberán recitar de memoria y textualmente (en catalán ó en castellano) los puntos que les sean designados y explicar el sentido de todo cuanto los Jueces del Certámen estimen conveniente preguntar acerca de los antedichos tratados.

4.<sup>a</sup> Los niños que quieran concurrir al Certámen deberán antes del 1.<sup>o</sup> de Mayo manifestarlo (de doce á una) al Rdo. Cura-párroco de Nuestra Señora de los Angeles, á quien dejarán nota de su nombre y apellido, edad, escuela ó Colegio á que asistan, y señas de su habitación, y expresarán juntamente si se proponen recitar los susodichos tratados en catalán ó en castellano.

5.<sup>a</sup> El de la Ascensión del Señor y dos subsiguientes, á las cuatro de la tarde, tendrá lugar el primer acto del Certámen, ó sea el exámen de prueba para el acto definitivo, en la Iglesia de Nuestra Señora de Belén, á donde concurrirán los niños que deban recitar el Catecismo en catalán, y en San Agustín, en cuya iglesia se reunirán los que hayan de recitarlo en castellano.

6.<sup>a</sup> Los niños que en este exámen preparatorio resulten aprobados, se presentarán el domingo 13 del propio mes de Mayo, á las cuatro de la tarde, en la expresada iglesia de San Agustín, en la que se celebrará el Certámen definitivo. En él se colocarán en semicírculo, por orden de derecha á izquierda: según la numeración de las papeletas que les hayan sido entregadas al inscribirse para el Concurso; ocupando el lugar preferente de los niños que se equivoquen al ser preguntados por los Señores Jueces, los que acierten en la contestación. Transcurrido el tiempo prefijado para la duración del acto, serán adjudicados á los niños que ocupen los primeros puestos los premios que á continuación se expresan; concediéndose el de mayor importancia al primero, y así sucesivamente.

### Premios del Certámen.

1.<sup>o</sup> Ofrecido por el Excmo. é Ilmo. Señor Obispo de la diócesis, consistente en diez trajes completos para otros tantos niños.

2.<sup>o</sup> De los Rdos. Curas-párrocos de Barcelona: 25 duros y un traje completo.

3.<sup>o</sup> De la Asociación del Inmaculado Corazón de María y San Francisco de Sales: 20 duros y traje completo.

4.<sup>o</sup> De la *Revista Popular*: 20 duros.



5.º De la «Sociedad Catequística» de alumnos de este Seminario: 10 duros y traje completo.

6.º Del Excmo. Señor Marqués de Comillas: 10 duros.

7.º Del «Círculo Católico Popular» de esta Ciudad: 10 duros.

8.º De la «Juventud Católica» de la misma: 5 duros.

9.º Del «Patronato del Obrero» de la misma: 5 duros.

10.º Del Señor don José Sala, director del Colegio de San Isidro de la misma: la obra intitulada «Catecismo de Perseverancia» del abate Gaume.

11.º De la «Asociación de las Escuelas Dominicales de niños»: 10 duros.

12.º De la propia Asociación: 6 duros.

13.º De la misma: 4 duros.

Nota.—A estos tres últimos premios podrán optar tan sólo los alumnos de las mencionadas Escuelas Dominicales.

El domingo de Pentecostés se verificará con asistencia del Excmo. é Ilmo. señor Obispo, ó de la persona que tuviere á bien delegar al efecto, la solemne distribución de dichos premios en la mencionada iglesia de San Agustín; debiendo los niños á quienes se hayan adjudicado, presentarse á recogerlos, acompañados de sus padres.

Barcelona 13 de Marzo de 1888.—El Presidente, Ramón M.<sup>a</sup> Mensa de Valls, Pbro.—El Secretario, Juan Comellas.

## MISCELANEA

### SACRILEGIOS CASTIGADOS

Decía un tal Lemaire, famoso bandolero francés, dirigiéndose á su hijo que acababa de oír la sentencia de muerte dictada contra él:

—Escucha bien, dijo: yo hice mal mi primera comunión en París, en la iglesia de San Merry. Desde entonces he pasado de sacrilegio en sacrilegio, de robo en robo, de crimen en crimen, hasta llegar al patíbulo: quiera Dios otorgarme su perdón y perdonar á todos los que se atreven á insultar al Sacramento de la Eucaristía.

En efecto, las ofensas á Jesús Sacramentado, han sido siempre una cadena que ha arrastrado á los hombres al precipicio y son tantos los castigos que han acarreado, que pudieran llenar un inmenso volumen.

En 1803, durante la invasión francesa del Piamonte, celebrábase en Turín una solemne procesión en memoria de la célebre Hostia milagrosa que allí se venera. Un barbero conocido por su cinismo, después de haber estado burlándose de la procesión delante de cierto parroquiano, salió de su tienda para verla desfilar, haciendo la fanfarronada de permanecer con

el sombrero puesto y negarse á quitárselo á pesar de las instancias que le hicieron para ello.

En el momento de pasar el Santísimo Sacramento estaba el hombre allí plantado como desafiándole; cuando de repente cae muerto en el mismo sitio donde se encontraba.

El hecho fué tan ruidoso y produjo tal emoción, que las autoridades de Turín mandaron exponer el cadáver delante de la Casa Consistorial durante treinta y seis horas.

Otro hecho.

En 1882 el Cura párroco de Sevres, á instancias de sus parroquianos, se decidió á celebrar la procesión del Corpus, interrumpida desde el tiempo de la revolución (pues es de notar que la revolución es enemiga del Sacramento, como lo ha demostrado estos últimos años, prohibiendo la procesión del Corpus en Italia y en Francia).

En el momento de salir el Santísimo á la calle, un blasfemo apostado en las gradas de la iglesia comenzó á insultarle gritando:

—¡Vedle! Ahí va el Dios de papel!

El pueblo indignado trató de castigar al deslenguado; que sobre prorrumpir en blasfemias, aún quería lanzarse sobre la procesión; pero el vicario consiguió ampararle y proteger su retirada.

—¡El año que viene veremos!—exclamó marchándose y como en son de amenaza.

En efecto, al año siguiente, el día del Corpus reprodujo el escándalo en el mismo sitio; pero aquel día no fué el pueblo quien se encargó del castigo, sino el mismo Dios, que hiriéndole como con un rayo, le hizo rodar muerto á los pies del párroco que llevaba la Sagrada Hostia.

También el año 1837 en Madrid el día de Navidad ocurrió otro hecho digno de recordarse.

Cierto desalmado que se había introducido en una iglesia durante la misa del gallo, por hacer alarde de su impiedad, apostó con su compañero á que comulgaba de burla con los demás fieles. En efecto, se acerca á la mesa, comulga y se vuelve riéndose; pero aún no habían transcurrido cinco minutos, cuando arrojando sangre por la boca empieza á declarar delante de todo el mundo el pecado que acababa de cometer. Sacáronle de la iglesia medio muerto sin que se sepa cuál sería su fin.

Aún podemos citar más castigos.

Durante la revolución en 1830 un colegial de Versalles, muchacho de quince años, al salir de una conferencia que acababa de dárseles á los que iban á recibir la primera comunión, en tono medio zumbón y medio irritado empezó á tronar contra lo que acababa de oír, repitiendo que ni creía ni había creído jamás en la Eucaristía.—Descuartizado me vea, si Dios está allí!—exclamó como para dar más fuerza á su perorata y probar más su descreimiento.

—Hombre, le dijeron los compañeros,—pues ya que no crees, no comulgues.



—Al contrario,—quiero comulgar para probar el ningún miedo que le tengo á ese Dios.

Y en efecto, al día siguiente comulgó con los demás.

Al inmediato día hubo asueto para los colegiales y fueron todos de paseo por la parte de Marly para ver funcionar el curioso mecanismo de las bombas aspirantes que se establecieron allí en tiempo de Luís XIV, con objeto de elevar las aguas del Sena y alimentar los estanques del parque de Versailles.

Los profesores recomendaron á los muchachos que no se acercasen á las máquinas porque podía ocurrir una desgracia.

Pero la advertencia fué inútil para un desgraciado.

El sacrilego que el día anterior había desafiado á Dios, diciendo que le matase descuartizado si era verdad que estaba en la Eucaristía, había sido cogido, no se sabe cómo, por la ropa, y atraído por la terrible máquina, daba gritos pidiendo socorro. Pero cuando acudieron era tarde; el mecanismo lo había malado y materialmente triturado á presencia de sus compañeros.

La consternación de éstos no tuvo límites. El castigo era patente.

Como lo fué el de otro joven de mala índole, que después de recibir la comunión en París en el barrio de Marais, arrojó la Sagrada Forma bajo de un banco.

Tres meses más tarde mería de la manera más extraña y trágica que puede darse. Caído de un árbol del jardín de su casa, dió con la cabeza sobre una rama desgajada, y entrándole la punta de ésta por la garganta, le atravesó de parte á parte la lengua con que poco tiempo antes había escupido el Cuerpo de Jesucristo.

El infeliz murió aquella misma noche desesperado y sin Sacramentos.

No acabaríamos nunca, si hubiésemos de seguir citando hechos de esta naturaleza; pero no hemos de omitir como final el de cierto sujeto que, siendo concejal de ayuntamiento y no queriendo por una parte confesarse ni por otra dejar de asistir á la comunión que tiene lugar el Jueves Santo, tenía la costumbre de ponerse su frac y su corbata blanca é iba á recibir á Dios como si fuese un pedazo de oblea.

Llegada su última hora, aquel hombre la tuvo tan horrorosa que dejó memoria. Murió como suelen morir los sacrilegos, rabiando y sin auxilios de ninguna especie.

¡Oh! si se conociesen los secretos de las conciencias. ¡Cuántos infortunios, cuántas desgracias, cuántas muertes trágicas y horrorosas hallarían su explicación en oculos sacrilegios!

Verdad es que Dios no los castiga á todos así, porque entónces ¡ay de muchos de nosotros! Sin embargo, de un modo ó de otro, ninguno queda sin castigo, así como de una ú otra manera, el amor á la Eucaristía jamás queda sin premio.

Refiramos en confirmación de esto un suceso que servirá de mucho consuelo después de haber leído los anteriores. El maravilloso premio de un niño inocente, á quien su padre quiso matar por haber comido el Pan de la vida.

El hecho es antiguo, muy célebre y muy conocido; pero aún así y todo, su ejemplaridad es tal, que conviene recordarlo para que no se eche en olvido el poder de Dios y el respeto que merece la Sagrada Eucaristía.

Un día que San Mennas, patriarca de Constantinopla bajo el reinado de Justiniano, oficiaba en la basílica de Santa Sofía, las patenas, en las cuales los diáconos presentaban á los fieles el Cuerpo del Señor, quedaron después de la distribución eucarística llenas de numerosas partículas consagradas. Era costumbre en semejantes casos llamar á los niños pequeños de las escuelas vecinas y distribuirles aquellos preciosos restos del Pan de los Angeles.

Entre aquella tropa inocente se encontraba el hijo de un judío, fabricante de cristal. Se acercó al altar, como los otros niños, recibió como ellos la sagrada Comunión permaneció durante las oraciones y acciones de gracias. De regreso á la casa paterna, el judío que se hallaba solo, le preguntó por qué volvía más tarde que de ordinario. «Es, respondió el niño, que al salir de la clase he estado con los niños cristianos en la iglesia, y me he quedado allí porque me han dado á comer de ese Pan que los cristianos adoran.» Aquella respuesta irritó al desgraciado padre, poseído de un odio violento contra todo lo que le traía á la memoria el recuerdo del Cristo. «¡Ah! exclamó, tú también vas á ese Jesús! Será la última vez y mi sangre no se hará jamás cristiana.» En su furor, aquel hombre desnaturalizado coge á su hijo, le precipita en el horno incandescente del cristal, y lo cierra en seguida blasfemando.

La madre, que esperaba á su hijo, no viéndole volver, temió algún accidente y se puso á recorrer la ciudad para saber lo que le había sucedido. Trabajo inútil: después de tres días de investigar, aún no había recogido ningún indicio, y la desesperación había llegado al colmo del corazón maternal; más muerta que viva, se dejó caer en un rincón de la casa, no lejos del horno, prorrumpiendo en gemidos y llamando á su hijo con gritos desesperados. «Madre mía, aquí estoy,» respondió de repente una voz infantil y dulce que salía del lado del fuego. La madre se lanza hacia el horno, separa la puerta, y ¡oh prodigio! su hijo está allí de pié en medio de las brasas ardientes; las llamas le rodean, pero sin tocarlo; está como en medio de rosas y como al borde de una fuente de agua fresca. La madre, inundada de júbilo, le saca de aquel lugar; en la exaltación de su dicha, le abruma con preguntas: ¿cómo has podido no ser consumido? ¿de dónde proviene semejante maravilla? «Es mi padre, dice el niño, quien me arrojó en el horno por que había estado con mis camaradas los cristianos en



su templo donde me hicieron comer un Pan divino, que yo no conocía. Pero apenas hube caído en el fuego, ví venir á mí una Mujer vestida con una túnica de púrpura y un manto azul y la cabeza ceñida de una corona más bella que el sol; derramó agua sobre los carbones ardientes, separó con las manos las llamas que me rodeaban, y cuando tenía hambre me daba un alimento delicioso; me animaba dulcemente y llenaba mi corazón de consuelo.»

El ruido de aquel milagro se propagó como un rayo por toda la ciudad. El emperador Justiniano y el patriarca San Mennas quisieron ver al nuevo Azarías y á su dichosa madre: éstos se hicieron cristianos y fueron bautizados, bendiciendo á la vez al Dios de la Eucaristía y á la Virgen María, porque ella era la que se apareció al niño. En cuanto al padre rehusó obstinadamente abrazar el Catolicismo, y Justiniano le hizo aplicar la ley como asesino de su hijo.

Bendigamos á Dios por tanta grandeza.

(De *La Lectura Popular*.)

## LOS SACERDOTES SON UNOS HOLGAZANES

### ¿PARA QUÉ SIRVEN?

Contestación. Para salvar las almas: hé aquí en realidad una ocupación que vale tanto como cualquier otra.

El obrero trabaja la materia; el sacerdote trabaja el alma. Cuanto el alma se eleva sobre la materia, tanto la obra del sacerdote se halla por encima de todo otro trabajo de la tierra.

El sacerdote es continuador de la grande obra de la salvación del mundo. Jesucristo, su Dios y su modelo, la comenzó, sus sacerdotes la prosiguen al través de los siglos.

Siguiendo los ejemplos de su Maestro, el sacerdote pasa haciendo bien. Es el hombre de todos; su corazón, su tiempo, su salud, sus cuidados, su bolsillo, su vida á todos pertenecen, y particularmente á los desvalidos, á los niños, á los pobres, á los abandonados, y á todos los que lloran y carecen de un amigo.

El sacerdote nada espera en cambio de sus sacrificios; y por ellos con frecuencia no recibe más que insultos, calumnias abominables y malos tratos. Verdadero discípulo de su Maestro, ni contesta siquiera á tanta ingratitud más que prosiguiendo en hacer el bien ¡Qué vida! ¡Qué sobrehumana abnegación!

En las calamidades públicas, en las guerras civiles, en las enfermedades contagiosas, en las invasiones del cólera cuando los ministros protestantes y los filántropos se salvan con la fuga, se los ve exponer su salud y su vida para consolar y salvar á sus hermanos; tal es el comportamiento de monseñor Affre en las barricadas de París: tal el del Obispo Belsunce y san Carlos Borromeo en las pestes de Marsella y de Milán; tal, durante el cólera en 1832 y 1849, el de todo el clero de París y el de tantas otras poblaciones, que vino á constituirse como el servidor común de todo el pueblo.

Hé aquí, pues para qué sirven los sacerdotes. Quisiera yo saber si aquellos que les atacan sirven para alguna cosa mejor. ¡Ingratos! no se cansan de hacer apurar amarguras á aquel que ellos mismos llaman junto á la cabecera de la cama en los días de infortunio, á aquel que ha bendecido su infancia, y que no cesa de rogar por ellos!

Todas las desgracias de nuestro país reconocen por origen el que no se practica lo que el sacerdote enseña, y nuestra pobre patria, despedazada por las discordias civiles, por los trastornos políticos, puede muy bien aplicarse lo que me decía un día en las cárceles de París un pobre reo condenado á muerte, y convertido á Dios con todas las veras de su corazón. Le había yo dado un pequeño Manual del cristiano. ¡Ah Padre, me decía mostrándome aquel libro, si yo hubiese conocido lo que aquí se enseña, si lo hubiese practicado toda mi vida, no hubiera hecho lo que hice, y no me hallaría en la triste situación en que me encuentro.

Si la Francia hubiese conocido, si conociese lo que enseña el sacerdote, si hubiese practicado y practicase lo que aquel recomienda, no hubiera sufrido el trastorno de tres ó cuatro revoluciones en el espacio de cincuenta años, y no se encontrara en el caso de preguntarse aún hoy día: ¿Voy á perecer? ¿puedo salvarme aún?

Sí, las naciones pueden salvarse si quieren volver al Catolicismo. Sí, pueden salvarse si quieren escuchar á los ministros de Aquel que salva al mundo.

¡Los sacerdotes son la salvación de las naciones! Sin la religión la sociedad perece.

Hoy más que nunca se debe honor, respeto y reconocimiento al sacerdote, y el hombre que le rechaza no conoce á nuestro siglo ni á nuestra patria.

Lejos de nosotros, pues, todas nuestras antiguas preocupaciones. Lejos de nosotros los groseros é injuriosos insultos que la ciega impiedad del volterianismo había asestado al sacerdocio católico.

Respetemos á nuestros sacerdotes, y si observamos en ellos imperfecciones y aún vicios, tengamos presente que es menester tomar en cuenta al hombre su parte de flaqueza. Cuidemos entonces de no mirar al hombre y de no ver más que el sacerdote: bajo este carácter es siempre respetable, y su ministerio siempre santo; puesto que es nada menos que el continuador de la obra de Jesucristo, soberano sacerdote, al través de los siglos, y de él ha dicho el Salvador: «Quien os escucha, á Mí me escucha; quien os desprecia, á Mí me desprecia.»

*M. Segur.*

*La Casa Paterna.*—Durante las últimas vacaciones de las Cámaras francesas, un joven diputado se dirigía á la casa paterna.

Su pensamiento se adelanta hácia un alféizar de ventana, desde donde su madre, anciana y viuda, miraba á la calle por donde debe llegar y hacía calcetines para los pobres.



El diputado es un hombre leal, pero débil. Ha votado por seguir la corriente y sin discernimiento, las leyes más enemigas de sus buenas tradiciones de familia y de las inspiraciones de su conciencia.

Pero á cada voto, por un juego súbito de su memoria, volvía á ver el Crucifijo bajo el cual su padre había muerto. Era un Cristo de marfil sobre fondo de terciopelo.

El diputado volaba, pues, con alborozo hacia la casa paterna y á los brazos de su anciana madre.

Al llegar, lanzóse hacia el sillón del alféizar de la ventana... pero hacia ocho días que estaba desocupado.

—¿Enferma, madre mía? ¡Y no me lo habeis escrito!

—Te esperaba, hijo mío, te esperaba, sobre todo para morir. Hay sombras en el corazón y presentimientos en el alma que no nos engañan.

—Pero no, madre mía, no. Héme aquí, y vais á ser dichosa.

El hijo levantó maquinalmente los ojos á la pared de la alcoba donde su padre había fallecido. La pared estaba desnuda. Sólo un clavo quedaba allí, sosteniendo un lazo de cinta ajada y una rama de boj seco. Notó que todos los Crucifijos de la casa habían desaparecido.

—Madre mía, exclamó, ¿qué habeis hecho de los Crucifijos que teníamos colgados en las habitaciones?

—Los he enviado á las escuelas, de las que el Municipio ha sacado los que poseían. ¿Para qué conservarlos aquí? Mi corazón mana sangre, y tal vez esto será causa de mi muerte.

El hijo aterrado bajó la cabeza y guardó silencio.

—Sin embargo, continuó la buena anciana, desearía morir como todos los nuestros han muerto. ¿Quieres darme un último consuelo? Sí, necesito ser consolada de nuestra separación y de tus abandonos.

—En nombre del cielo, hablad, madre mía.

—¡En nombre del cielo! ¡Ay de mí (contestó la madre sonriendo tristemente). Bien; anda y tráeme un Crucifijo delante del cual pueda juntar las manos y al cual pueda dirigir mi última mirada. Así obró tu padre. Quisiera rogar al que perdona con misericordia á las madres y á los hijos.

El joven diputado salió. Estaba pálido y tembloroso, y las lágrimas humedecían sus ojos. Instintivamente corrió á la casa parroquial, y como un mendigo vergonzante solicitó la limosna de un Crucifijo y lo llevó á su madre.

La madre abrazó al Cristo y á su hijo al mismo tiempo.

—Hijo mío, hijo mío; pues tú lo has traído á la casa paterna de donde lo habíais arrojado, te pido que no lo saques otra vez, en recuerdo mío. ¡Cuántos á quienes tú se los has quitado morirán desesperadamente!

No tardó en morir la buena madre, con los ojos fijos en el Crucifijo de cobre colgado en el mismo lugar que ocupaba el Crucifijo de marfil.

Pocos días después el hijo reinstalaba un Crucifijo en cada cuarto de la casa.

*La obra de la masonería.*—El *Osservatore Cattólico* de Milán publica en su último número algunos detalles tristísimos sobre el trabajo de descristianización de la juventud á que se destina la masonería.

Una sociedad de Brescia ha dado una fiesta á beneficio de las escuelas láicas en Lonato, pueblecito situado en las cercanías de aquella ciudad. La fiesta tuvo lugar el 6 del corriente. Los invitados fueron recibidos por Cuvelier, Lemaitre, Lefebvre y otros liberales del Concejo municipal; hubo sus correspondientes discursos con acompañamiento de música, vino y demás accesorios indispensables en toda fiesta liberal; en seguida la comitiva se dirigió al teatro y dió comienzo la festividad.

«Ningún teatro del mundo, dice el *Osservatore Cattólico*, es posible que haya presenciado nunca escenas tan execrables; varios niños representaron una comedia que no era otra cosa que la parodia de la vida de un Santo, patrono de la juventud.

Pero aún les pareció poco tamaño sacrilegio, é hicieron declamar á una de aquellas inocentes criaturas un himno á Satanás, lleno de blasfemias contra el Papa y contra el mismo Jesucristo. En este himno se llama á Nuestro Señor Jesucristo *cruel Nazareno*, y el infame canto termina con estas palabras: *Satana, hai vinto: «has vencido, Satanás.»*

Y el desgraciado niño encargado de este papel abominable lo declamaba con un furor que estremecía el oírlo.»

Hé ahí lo que nos dice el *Osservatore Cattólico* en su número del jueves último. El periódico de Milán añade que para el domingo se preparaba una fiesta de expiación y de reparación en la iglesia de Lonato.

En todas partes la francmasonería busca el modo de apoderarse de las escuelas para pervertir á los niños, para enseñarles á blasfemar de Jesucristo y á cantar las glorias de Satanás. Este es el objeto final que se propone conseguir con eso que llama escuela láica.

—En justa correspondencia cambiaremos en adelante nuestra humilde revista con la titulada «La Ilustración Católica» que se publica en Madrid y de cuya dirección se ha encargado recientemente el ilustrado periodista D. Fernando Martínez Pedrosa.

—Murió de hambre hace pocos días, en Málaga un infeliz anciano abandonado cruelmente por sus hijos, que podían socorrerle.

Pero, es de advertir que el difunto se distinguió en vida por sus ideas antirreligiosas y que á sus hijos les enseñó, aun pequeñitos, á blasfemar de Dios y de su santa iglesia.

¡Qué ejemplo para aquellos padres que educan á sus hijos en el odio á Dios y á la religión!



*El baile por el revés.*—Pero que idea tiene V. de lo que es baile D. Rufino bendito?... ¿Ha visto V. alguno en su vida?...

—Por el derecho ninguno... Por el revés, muchos...

—¿Y quiere V. decirme cuál es ese revés y cuál es ese derecho?...

—El derecho es lo que V. ve en su casa; el revés lo que veo yo en el confesonario...

La condesa se quedó un momento pensativa, y dijo luego moviendo la cabeza con cierto aire de duda y de desdén disimulado:

—Veo que no conoce V. la clase de gente que recibo yo en mi casa.

—Supongo que serán hombres y mujeres.

—¡Pues claro está que no han de ser gatos y gatas!

—Pues si son hombres y mujeres, hágase V. cuenta que por algo se dijo que

Entre santa y santo,  
Pared de cal y canto.

—De modo, que, según ese libro viejo en que V. lee, debe haber en los salones, en vez de intercolumnios, muros de mampostería que separen á los dos sexos...

—Precisamente.

—¿Pero por qué?... ¿por qué?...

—¡Señora!... ¡Porque los enemigos del alma no son mundo, demonio y... mazapán!

La condesa volvió otra vez á quedarse parada como esforzándose para comprender, y el clérigo, variando de repente de tono y de gesto, dijo con vigor y hasta con elocuencia:

—¿Ha visto V. esas manzanas que se crían á orillas del mar muerto?... Tienen una cáscara brillante y dorada, y dentro una ceniza asquerosa y amarga... Pues la cáscara es lo que V. vé en su casa, y la ceniza lo que veo yo en el confesonario... La cáscara es la exquisita finura, las conveniencias sociales que se guardan por fuera: la ceniza las asquerosas miserias, las innumerables ofensas á Dios que se cometen por dentro, señora, por dentro!...

—¡Ave María purísima, D. Rufino!... ¿Qué está V. diciendo?...

—Lo que V. oye señora condesa... Si á todos los tertulianos de V. les salieran de repente á la cara los pensamientos que llevan en el corazón, apuesto ciento contra uno, á que no era la bondadosa, la cristiana condesa de Santa María la que daba más bailes... Si todas esas pobrecitas jóvenes que acuden á ellos, pudieran ver por un instante lo que piensa el galán que les sirve de pareja, cierto estoy de que la mayor parte de ellas huirían aterradas...

—Pero, señor, eso podrá suceder entre una gentuza cualquiera; pero no entre personas tan distinguidas como recibo yo en mi casa.

—Tan de barro está hecha la porcelana del Japón como los cacharros de Uria...

—¡Pero por María Santísima no exageremos, don Rufino!... ¿Qué idea tiene V. de lo que es un caba-

llero, de lo que es una señora, de lo que es una inocente reunión en que se divierten los jóvenes?...

—¿Quiere V. que se lo diga clarito... pero clarito?

—Sí señor... ese es mi fuerte, las cosas claras y el chocolate espeso.

—Mire V., que le va á saber á cuerno quemado...

—D. Rufino,—dijo la condesa con cierta dignidad lastimera.—Hartas pruebas tengo dadas en mi desgraciada vida, de que sé sobreponerme á las penas más dolorosas...

El clérigo se apresuró á atajar á la condesa y dijo vivamente:

—Pues oiga V. y no se asuste... Todas esas reuniones de jóvenes que se divierten, no son pecaminosas de suyo... ¿Pero sabe V. lo que la malicia de esos mismos jóvenes hace de ellas? Pues brillantes centros de prostitución moral; en que no se prostituyen los cuerpos, porque no se puede, pero se prostituyen las almas con el deseo... A eso acuden á ellas la inmensa mayoría de esos caballeritos que á V. le parecen Luises Gonzaga... Juzgue V. del papel que le corresponde á la buena alma que franquea su casa para estos inocentes desahogos... sobre todo, si es una pobre vieja que nada gana en ello personalmente.

La condesa se mordió los labios y se agitó en su butaca, como un oso blanco á quien aplicara el domador un hierro candente; pero el clérigo, sin darse por entendido, prosiguió con igual viveza:

—En cuanto á las mujeres, son otra cosa, y pueden, por decirlo así, dividirse en tres grupos. Las hay que, para ludibrio de su sexo, son en todo semejantes á los hombres, aunque mucho más hipócritas: las casadas, por temor á un escándalo, que más tarde ó más temprano llega; las solteras, por temor de perder la pesca de algún cándido marido, que les sirva más tarde de editor responsable. Las hay, y estas son las más numerosas, que no acuden á estas reuniones atraídas por la sensualidad, sino por la vanidad, por la vanidad de los trapos y del lujo; no vienen á ver, sino á ser vistas, á lucir un pingajo nuevo que les atraiga la admiración y las lisonjas de ellos, y la envidia y la malevolencia de ellas. Estas no son malas, pero son necias... Y las hay, finalmente, que vienen porque las traen. Estas son inocentes instrumentos de que se vale el demonio para lograr todos esos fines; materia inconsciente, que sirve de pasto á la liviandad de los galanes; pobres ángeles, que juegan con el infame que en su interior mancilla su pureza, con la misma candidez con que jugaría un niño con la serpiente venenosa que mansamente le halaga... ¿Y quiere V. que le diga más?... Pues de este número señora condesa, no ha salido V. todavía al cabo de sus cincuenta años y pico... Y esto que tanto la honra, es justamente lo que causa su desdichada ceguera: porque no hay virtud, por hermosa que sea, que fuera de tiempo y sazón, no pueda convertirse en vicio; y la candidez y la inocencia, con ser tan bellas, son



primas hermanas de la tontería... ¡Si, señora condesa, de la tontería!...

La voz de la señora parecía haberse ocultado en las extensas cavidades de su anchuroso pecho, negándose á acudir á la garganta: quiso hablar pero el clérigo le atajó la palabra diciendo:

—A todo este conjunto, le llama el mundo galantería, inocente coqueteo, expansiones de la juventud, etc... Pero la moral, señora, la ley de Dios, que condena lo mismo el pecado de pensamiento que el de obra, lo mismo el pecado del que induce que el del que coopera, lo llama libertinaje del espíritu, prostitución de las almas. Vea V. ahora, señora mía, con cuál de estas dos luces quiere iluminar sus salones... Si con la del mundo, déjelos abiertos; porque, con ser tan malévolos el mundo, poco ó nada encontrará en ellos que censurar según su criterio. Si con la de Dios, ciérrelos al punto; porque aparecerán entonces en ellos muchas pero muchas inmundicias!...

La condesa resolló como si el aire faltase á sus pulmones, y dando el clérigo un poco de aliento á los suyos, prosiguió:

—Me dirá V., que mil razones sociales exigen, por lo menos, la tolerancia del trato de esta especie entre hombres y mujeres... No lo negaré en absoluto, por más que rotundamente lo niego en muchos casos concretos; pero mientras la malicia de los hombres haga de este trato una verdadera prostitución moral, la conciencia tiene que someterlo á la ley de todas las prostituciones... Y sepa V., señora condesa, que los moralistas que no niegan al Estado la tolerancia de casas infames, prohíben al individuo arrendar las suyas para tan asquerosa industria, sin razones poderosísimas muy difíciles de encontrar... Crudo es decir que aplique usted el cuento á los bailes de su casa: pero, haciendo la conveniente rebaja, no hay más remedio que aplicarlo, señora mía... Que esto es duro de decir... ¡Durísimo!... Que es asqueroso de oír... ¡Asquerosísimo!... Pero, si no se oye la verdad á gritos fuerza será decirla á cañonazos, y lo que está usted oyendo, es la verdad, señora; es la verdad pura, desnuda, dicha á cañonazos... Y si duda usted de que lo sea preguntelo, no á ellas, que son en su mayor parte tan ciegas como lo es V. misma... Preguntelo á ellos, que son los que ven la comedia entre bastidores...

Y aquí se calló el clérigo, cepillando con la manga de la sotana los encrespados pelos de su sombrero de teja. La condesa quiso hablar y dió un bramido, quiso resollar y la cólera la ahogaba. Llevóse al fin las manos á la cabeza, y con los matices violados de la apoplejía en el rostro, exclamó á retazos:

—En mi vida he oído mayores desvergüenzas... ¡Siempre creí que era V. un saco de rarezas!... Pero nunca pensé que hombre de su saber... de su virtud... que viste ese hábito... que entra en mi casa hace cuarenta años... me insultara de ese modo!...

—Señora, V. me ha preguntado, y yo he respon-

dido... ¿Qué culpa tengo yo de que la verdad tenga en ciertos paladares el sabor de insulto?

*Luis Coloma, S. J.*

*Mi religión consiste en hacer bien á los demás.*—Contestación. Nada mejor. Esto es precisamente lo que la religión cristiana nos ordena con la más viva insistencia: ella llega hasta á equiparar este deber al deber grande y fundamental de amar á Dios: «Amarás, nos dice, al Señor tu Dios con todo tu corazón; este es el primer mandamiento. Hé aquí el segundo, que es semejante al primero: Amarás á tu prójimo como á tí mismo».

Estas son las mismas palabras de Jesucristo en el Evangelio de san Mateo, capítulo XXII; pero añade algo más sobre lo que no fijas debidamente tu atención: «En estos dos mandamientos consiste toda la ley».

Tú, cuya religión, según dices, te reduce meramente á hacer bien á los demás, suprímese uno de estos dos mandamientos; el principal, aquel que ordinariamente, y relativamente al corazón humano, es el origen del otro, le desarrolla, le alimenta, le eleva hasta el heroísmo; aquel que le coloca á la altura de un deber religioso; el mandamiento del amor de Dios y la obligación de servirle.

Es necesario tener dos piernas para andar, ¿no es verdad? Igualmente para cumplir nuestro destino sobre la tierra, y llegar al cielo, es menester la práctica de estos dos grandes mandamientos.

1.º Amarás á tu Dios.

2.º Amarás á tus hermanos como á tí mismo.

Así es como el segundo raras veces subsiste allí donde no reina el primero; la experiencia de diez y nueve siglos lo atestigua. Los cristianos que cimentan el amor de sus semejantes en el amor de Dios son los únicos que los aman verdadera, eficaz, pura y constantemente.

¿Quiénes han sido sino los más grandes bienhechores de la humanidad doliente? Los Santos, es decir, hombres que se abrasaban en el amor de Dios.

Para no citar más que uno entre todos, ved á San Vicente de Paul, este héroe de la caridad fraternal, este padre de todos los desgraciados, que todavía está haciendo bien en toda la tierra por medio de las bienhechoras obras que fundó. Y ¿quién era Vicente de Paul? Un sacerdote, un hombre de iglesia. Y ¿quién le inspiraba la prodigiosa abnegación con que se consagraba al bien de sus semejantes? El amor de Dios; la práctica de la religión de Jesucristo.

¿Cuáles son las instituciones de beneficencia que prosperan más por no decir que únicamente prosperan? ¿Cuáles son las que viven, que se desarrollan, que subsisten al través de los siglos? Las que fundan la Iglesia; las que descansan en un pensamiento religioso; las que corona la cruz de Jesucristo.

¿Quién ha fundado los hospicios? La Iglesia.

¿Quién ha dispensado una afectuosa acogida en to-



dos tiempos, y se la dispensa aún en nuestros días á pesar de los obstáculos que le suscita la ceguera de los Gobiernos, á todas las miserias, ya sean del alma, ya del cuerpo, ya de la infancia, de la edad viril ó de la vejez? La Iglesia.

¿Quién ha creado para remedio de cada una de estas miserias, Órdenes religiosas, ya de hombres, ya de mujeres, consagradas las unas á los niños abandonados, las otras á la educación de los pobres, estas á la asistencia de los enfermos, aquellas al cuidado de los dementes, á la redención de los cautivos, á la hospitalidad de los viajeros, etc., etc.? La Iglesia, y solamente la Iglesia.

¡Ella es la madre de los más perfectos sacrificios en pro de la humanidad; ella es la que crea la hermana de la Caridad, como crea también el misionero y el monje del monte de San Bernardo! ¡Siempre el amor de Dios como el más sólido fundamento del amor de los hombres!

En nuestros tiempos, más que en ningún otro, se habla mucho de humanidad, de fraternidad, de amor á los pobres. Se inventan sistemas, se componen libros y discursos. Mas ¿por qué todo eso da tan escasos resultados? Porque la Religión no vivifica semejantes esfuerzos. Un efecto no puede existir sin su causa, y la causa y principio más fecundo de la caridad fraternal es la caridad divina, ó sea el amor de Dios. Desconfiad, pues, de los deslumbrados sistemas de fraternidad en los que se prescinde de la religión. Eliminando del mundo á Jesucristo no hay amor á los hombres eficaz, puro, sólido y duradero.

*M. Segur.*

*La venganza de un sacerdote.*—A la puerta de una de las iglesias de París, acostumbraba á ponerse para pedir limosna, hacía ya algunos años, un pobre anciano, á quien se le conocía con el nombre del «viejo Jacob.»

Se sentaba en un pasillo de la entrada, hablaba muy poco, y cuando le daban algo, expresaba su gratitud por medio de una inclinación. Si alguna vez, por casualidad, se le separaba la ropa un poco hacia los lados, veíase en su pecho una cruz dorada. Un sacerdote joven, llamado Paulino, solía celebrar en la misma iglesia y nunca dejó de dar limosna al pobre Jacob.

Descendiente aquél de una familia noble y rica, se había consagrado enteramente á Dios por medio del sacerdocio y distribuía su fortuna entre los pobres y menesterosos. Sin haber conocido antes al viejo Jacob, sentía por él especial predilección.

Cierta día echó de menos Paulino al viejo Jacob, y preguntando por él, le dijeron: que ya hacía algún tiempo que no se dejaba ver. Esto le inquietó y le hizo entrar en cuidado por su anciano protegido; procuró informarse dónde vivía, y un día, después de celebrar, se dirigió á la morada del anciano. Llamó á la puerta de una boardilla; contestóle una voz débil y apagada; penetra dentro y encuentra á Jacob enfermo, recostado en su cama ó más bien en una miserable tarima, pálido, con los ojos desencajados.

—¡Ah! ¿es V., respetable señor?—exclamó, cuando hubo conocido al bondadoso sacerdote.—Es usted muy bueno para decidirse á venir á visitar á un hombre tan miserable como soy yo. No merezco tanto.

—¿Qué es lo que dices, Jacob? contestó Paulino, ignoras que el sacerdote es el amigo de los desgraciados? Por lo demás, repuso sonriendo, somos también antiguos conocidos.

—¡Ah, señor! si usted supiera.... si V. me conociera, sin duda no me hablaría de este modo. No, me hable V. con tanto cariño; soy un miserable, maldito de Dios y de los hombres.

—¿Maldito de Dios? ¿Qué dices? Oh! no digas semejantes disparates, pobre Jacob; si has obrado mal, pide perdón y confíesate. Dios es la misma bondad, está dispuesto á perdonar á todo aquel que se arrepienta.

—¡Oh! no: á mí no me perdonará.

—Pues ¿por qué no? ¿No sientes pesar, arrepentimiento?

—¡Sí, tengo arrepentimiento! sí, tengo arrepentimiento!—exclamó Jacob en voz alta, incorporándose al mismo tiempo y mirando á su alrededor con la vista descompuesta.—Sí, yo siento pesar! Sí, sí, yo me arrepiento, treinta años hace que lloro mi crimen y sin embargo soy un maldito.

El caritativo sacerdote procuraba calmarle y consolarle, pero inútilmente. Albergaba el moribundo en lo más profundo de su corazón un terrible secreto y la desesperación impedía al desgraciado descubrir su crimen. Al fin, se resolvió Jacob, vencido por las amorosas y persuasivas palabras del sacerdote y refirió con voz apagada lo siguiente.—Durante la sangrienta revolución del pasado siglo, desempeñaba yo el cargo de administrador en el castillo de una familia noble y opulenta. Mis señores eran la bondad personificada; el conde, la condesa, sus dos hijas, su hijo... Les agradezco todo: el cargo que me habían dado, mi educación, los buenos días que había pasado en su compañía. Mas cuando subió al poder el gobierno del Terror, entonces les hice traición. Se hallaban escondidos y yo sabía el sitio. Para apoderarme de sus bienes, prometidos á los delatores, yo les denuncié, y fueron condenados á muerte todos, menos el pequeño Paulino, que todavía era muy niño.

Al decir esto, se le dejó escapar al sacerdote un grito involuntario y su frente se vió bañada de sudor.

—¡Ah, señor! continuó el anciano mendigo, que notó la turbación del sacerdote, es horrible! yo mismo asistí, oí su sentencia de muerte, ví echar á los cuatro en el carro, ví, oh señor, cómo cayeron sus cabezas separadas del tronco al golpe del hacha! Verdaderamente soy un monstruo! Desde entonces no he tenido sosiego ni descanso. Lloro y pido por ellos. Los veo todos los días delante de mis ojos. Míreles V., aquí están, debajo de este lienzo.

Mientras decía esto, señalaba con su mano trémula una cortina que cubría una parte de la pared.

—Esta cruz que ve V. en mi cama, era del conde. Esta crucecita de oro que yo llevo, antes la traía continuamente la señora. ¡Dios mío! ¡Qué crimen! ¡Qué horror! Tened compasión de mí, caritativo señor! ¡no me abandoneis! rogad por mí, el mayor criminal y el más desgraciado de los hombres.

El sacerdote cayó de rodillas junto á la cama, pálido como la muerte: y así permaneció por espacio de media hora. Se levantó después del todo tranquilo,



hizo la señal de la cruz y levantando la cortina vió dos retratos.

Jacob, al verles, dió un grito y se echó de nuevo en la cama.

El sacerdote lloraba.

—Jacob, dijo éste con voz temblorosa, yo te traigo el perdón de parte de Dios; quiero oír tu confesión.

Se sentó después de decir estas palabras junto á la cama y comenzó á confesarse el viejo Jacob.

Cuando hubo concluido, le dijo Paulino.

—Jacob, Dios misericordioso te ha perdonado; pero no es esto todo, también yo te perdono por amor de Dios; pues los que delataste eran mi padre, mi madre y mis dos hermanas.

A Jacob se le erizaron los cabellos, abrió sus labios, tartamudeó algunas palabras incomprensibles y se ocultó entre la ropa. Se apróximo el sacerdote: el mendigo había muerto.

(Traducido del *Sendbote*).

De *La Propaganda Católica*.

*El Asilo del Sagrado Corazón*.—Yo era un lector asíduo de los periódicos impíos y librepensadores. En ellos no leía otra cosa sino la inmoralidad del clero, la ignorancia de los católicos y la farsa de su religión.

Llegué á creer que todos los Curas eran mónstruos; que la fé, además de absurda, era un comodín, y que el sórdido interés era la única guía de los que se llaman cristianos.

Los odiaba con todo mi corazón. Yo, antes de leer esos periódicos, había oído que aunque los creyentes pudieran ser pecadores solo entre ellos había santos; yo había oído que aunque los creyentes pudieran ser egoístas, sólo entre ellos había mártires y almas generosas que lo sacrificaban todo por el bien ajeno; yo había oído que aunque los creyentes fueran avaros, sólo entre ellos había quien cuidara de los pobres y quien atendiera á todas las necesidades del desvalido; yo había oído que solo entre ellos había institutos, como las Conferencias de San Vicente, que iban á buscar al hambriento en sus tugurios para darle un pedazo de pan y un consuelo; como las Hermanas de la Caridad, que iban á buscar al doliente en su lecho de dolores para asistirle y recoger su último suspiro y cerrar sus ojos; como los misioneros, que iban á buscar al salvaje en sus bosques y cavernas para darle la luz de la fé y de la civilización... Yo lo había oído; pero la lectura de los periódicos librepensadores, que jamás hablaban de estas cosas á no ser para zaherirlas, me las hizo olvidar y llegué á dudar de ellas.

Así los periódicos libre-pensadores me quitaron la libertad de pensar.

\* \*

Una tarde... acababa yo de leer en mi periódico favorito un artículo ¡nunca lo olvidaré! que me llegó al alma.

En él se ensalzaban con vivos colores nuestro amor al pueblo, al pueblo que sufre, al pueblo desheredado; y para remedio de sus males—¡oh cómo me gustó esto!—se le señalaba su lepra, su llaga su verdugo para que le aplastara. Aquella lepra, aquella llaga, aquel verdugo, no hay que decirlo, era el Cura, que, en sociedad nefanda con las beatas, predicaba una religión mentida, para vivir y engordar y gozar él á

costa de los sufrimientos suyos; sí, de los sufrimientos y del sudor de ese pobre y desheredado pueblo.

Aquella tarde encontré á un Cura muy viejo, y con saña que me encendía el rostro, le llamé *miserable*; y vi después á dos señoras de luto, que con mucho manto y mucho rosario salían de una iglesia, y me desahugué llamándolas *hipócritas* y... otras cosas más. Ni ellas ni el Cura me dijeron nada; si me hubieran replicado, aquel día les hubiera quedado memoria de mí.

\* \*

Tal era el estado de mi ánimo.

Seguí andando sin saber á dónde, revolviendo en mi cabeza el artículo aludido, y creo que hablando sólo; ello es que la gente me miraba.

Yo nada de eso veía; pero cada vez iba en aumento mi indignación, y cuando por acaso reparaba en los suntuosos palacios que los ricos han levantado para su comodidad y lujo, no podía menos de volver á saborear la amargura del artículo de mi periódico.

La tarde era sombría y aunque faltaban algunas horas para ponerse el sol, la niebla, que llegaba hasta el suelo, daba al paseo de la Castellana no sé que de lúgubre que nunca podré olvidar.

Todo me parecía sombras chinescas en el negro manteo de un presbítero. Los coches que pasaban se me antojaban frailes con capucha; los árboles, torres de iglesia, y las gentes todas sacristanes y acólitos que iban agabillando dinero y más dinero para llenar la andorga de los Curas.

\* \*

Caminando, caminando, llegué al barrio de Salamanca, y recorriendo á la ventura sus calles, tropecé en la de Claudio Coello con un edificio grande, muy grande, que me llamó la atención.

—¿Qué será esto?—me pregunté.

Aquel edificio de piedra y ladrillo era, más que un palacio, un alcázar. Amplio, rectangular, de varios pisos y con multitud de ventanas, algunas de ellas ojivales.

—¿Cuánto dinero habrá costado esto y quien vivirá aquí?

Más y más me acordé entonces del pobre pueblo desheredado que vive en buhardillas inmundas ó duerme á la intemperie.

—Aquí vivirá—me decía—alguna de esas marquesonas que sólo piensan en ir al Teatro Real y en dar misas para los jesuitas. ¡Pobre pueblo! ¡Para tí nada! ¡Todo, en cambio, para los hipócritas de la religión!

\* \*

Comenzó á llover, y no sin repugnancia me fuí á cobijar en el quicio de una de las puertas laterales del edificio en cuestión, siguiendo en mis meditaciones contra el clericalismo y las beatas.

—¿Cuánta dinamita haría falta para hacer volar esta casa inmensa? ¡Oh poca, muy poca! Ese es tu consuelo pueblo infeliz; con dos pesetas puedes aniquilar en un momento lo que ha costado millones y millones y años y años.

\* \*

Entreteníame en esos y parecidos soliloquios, cuando un rapazuelo, modestamente, pero bien vestido, atravesó rápidamente la calle, y se entró en el edificio por la misma puerta en que yo me hallaba.

Me dió las buenas tardes, y yo, mirándole atenta-



mente, le detuve en el dintel, cogiéndole por la solapa de la chaqueta.

El muchacho quedó sorprendido: mas yo, que entonces me hallaba poseído del espíritu de redentor de la humanidad, y que iba á ejercer instintivamente una de las funciones más sagradas del libre-pensamiento, sin darle tiempo para asustarse, le pregunté en tono... no sé en qué tono, pero debía tener algo de sobrenatural:

—¿Eres pobre?

—No, señor,—contestó resueltamente el rapaz.

—¿Cuánto capital es el tuyo?

—No tengo capital; pero creo que es un capital inmenso.

—¿Y tus padres?

—No tengo padres; se me murieron hace tres años; pero sí, sí tengo padres...

—Tu estás loco chiquillo. No dices más que tonterías. Contesta concretamente. ¿Comes?

—Muy bien.

—¿Duermes?

—En buena cama, con catre de hierro, colchón, sábanas, mantas... ¿Quiére usted verlo?

—¿Pues dónde vives?

—Aquí en este palacio.

—¿Eres hijo del portero?

—No señor. ¿No le he dicho á usted que mi padre se murió hace tiempo? Se murió en el hospital de resultas de haberse caído de un andamio. Vivo aquí. Entre, entre usted y lo verá todo.

Y el chico que rebosaba salud y alegría por todos los poros de su cuerpo, abrió la puerta, y yo, inertemente, me fuí tras él...

\*  
\* \*

A medida que nos internábamos por aquellos claustros y salones, mi admiración subía de punto. ¡Qué orden, qué elegancia, qué limpieza, qué lujo!

—El dormitorio. ¡Cuántas camas, y qué limpias, y qué bien puestas!

—El comedor. ¡Qué profusión de mesas y de bancos, relucientes como el oro!

La cocina. ¡El olorcillo sólo bastaba para resucitar á un muerto!

Vea usted, vea usted,—me decía el rapaz.—Aquí hay una imprenta; mire usted qué hermosa y cuántas máquinas. Aquí un taller de carpintería... aquí uno de zapatería... aquí están las escuelas.

En todos estos sitios ví multitud de jóvenes, unos trabajando, otros estudiando, todos robustos y alegres.

—Todos son huérfanos como yo,—añadió mi comunicativo *cicerone*;—pues como usted sabrá, este es el asilo del Sagrado Corazón de Jesús, en el que á los que no tenemos padre, nos dan albergue y comida y ropa, y nos instruyen y nos enseñan un oficio para que podamos ganar luego honradamente la vida.

—¿Y quién hace esto? ¿El Gobierno, eh?

—¡Cah! no señor. Aquí está la habitación de la señora que fundó este asilo se llamaba Ernestina, y era una señora que no sabía más que rezar; y con dinero suyo y pidiendo por amor de Dios, se las arregló y no sé cómo; el caso es que á mi me trajo á esta casa el señor Cura de la parroquia... Dios los bendiga.

\*  
\* \*

Hubiera dado de bofetones al locuaz muchacho por su atrevimiento. No lo hice no se por qué.

En aquella habitación de aquella *beata*, habitación cuya pobreza me sorprendió no menos que la suntuosidad del resto del edificio, sentí muy encontrados afectos. Miré al muchacho de hito en hito, queriendo tragármelo con los ojos; pero él clavó en mí los suyos, y de los míos brotaron dos lágrimas traidoras, dos lágrimas que borré con los puños con que pensé haber triturado al imprudente rapazuelo.

\*  
\* \*

Sali de aquella habitación y de aquella casa, no sin que el tenaz muchacho me siguiera diciéndome á voces que cuidaban de ellos unas religiosas muy buenas, que se llaman las Hermanas de la Doctrina Cristiana, y dándome otras noticias que yo no quería oír.

En el portal encontré un Cura que entraba, y luego á dos señoras, que creí eran las mismas á quienes yo había insultado poco antes.

Esta vez no los insulté.

\*  
\* \*

Como si algo me detuviera todavía junto á aquel palacio levantado á la orfandad por beatas y Curas, volví á entrar en el por otra puerta abierta de par en par, y sin querer di en la iglesia.

Espaciosa, ojival, sóbria y graciosamente adornada, no se lo que me pareció. Sólo recuerdo que, medio convulso y temblando, como las lámparas que ardían en el altar, me pareció la imagen del Cristo crucificado, alumbrado por ellas, un foco inmenso donde la fé de los cristianos recibía y depositaba constantemente el amor á los hombres.

Creo que me arrodillé, y que al salir de allí puse una pobre moneda en el cepillo que en la puerta había.

\*  
\* \*

Aquella noche fuí á mi casa más temprano que de costumbre.

Mis pequeñuelos jugaban á los soldados, ó por decir mejor, á los voluntarios de la libertad.

A la sazón se disponían á fusilar á un muñeco vestido de Cura.

Yo les había hecho este muñeco y también las monteras con mis periódicos libre-pensadores.

El fusilamiento no se llevó á cabo, y las monteras fueron á la lumbre.

¡Ay! Tenía muchas ganas de llorar, y sentando en mis rodillas á mis hijos, que el día que yo muera serán desheredados también, contemplando sus rubios cabellos junto á mis canas, meditando en su porvenir, no pude menos de sentir alegría inefable, pensando en los asilos que edifica la caridad cristiana, dirigida por beatas y Curas; no pude menos de pensar en la dicha de los pobres socorridos por el espíritu de Jesucristo; no pude menos de acordarme del Crucifijo, centro de esa Religión de amor y de salvación.

Y aquella noche se rezó el Rosario en mi casa.

M.

(De *El Cruzado*).